

Darse muerte en el siglo de oro español

Miguel Ángel Vidal Hernández

Hernando López Grueso

Licenciatura en Español y Filología

Universidad del Valle.

Resumen: A lo largo de este ensayo, expondremos los registros suicidas de las obras contempladas dentro del periodo del Siglo de Oro español, tomando en cuenta las obras *Tragicomedia de Calisto y Melibea* de Fernando de Rojas, la poesía de Sor Juana Inés de la Cruz, el teatro y poesía de Lope de Vega y la novela *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha* de Miguel de Cervantes.

Palabras clave: siglo de oro español, registros suicidas, historia de la literatura, estudios literarios.

I. Apartados

—Sí. Usted ama la vida. Es necesario, es lo único en lo que cree.

[...]

—Tiene usted razón. Yo la he amado, la amo con avidez. Y al mismo tiempo me parece horrible, y también inaccesible. Por eso creo, por escepticismo.

Sí, quiero vivir, siempre.

Camus, *El primer hombre* (2019)

El suicidio es un acto que atraviesa a toda la humanidad y nos ha acompañado desde los orígenes de la civilización. A lo largo de los milenios, este fenómeno ha dejado una huella inmortal en las artes, como ejemplos de ello están las pinturas *La muerte de Sócrates* y *Suicidio de Lucrecia*. Para este ensayo, nos enfocaremos en exponer los registros suicidas de las obras contempladas dentro del periodo del Siglo de Oro español, tomando en cuenta las obras *Tragicomedia de Calisto y Melibea* de Fernando de Rojas, la poesía de Sor Juana Inés de la Cruz, el teatro y poesía de Lope de Vega y la novela *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha* de Miguel de Cervantes.

Cabe resaltar que el suicidio ha tenido distintas perspectivas sociales a lo largo de la historia. En la Antigua Grecia, las distintas escuelas filosóficas tenían posturas opuestas respecto al tema, pero fue el suicidio ordenado de Sócrates, en 399 a.C., el que impondría un hito en la historia de la muerte voluntaria. El filósofo griego decidió beber cicuta y morir antes que renegar de sus ideales, y esto marcaría un rumbo en sus seguidores más cercanos, siendo el

más reconocido de ellos Platón, que se posiciona en contra del suicidio argumentando que este perjudicaba al estado y no agradaba a los dioses. No obstante, consiente tres causales válidas para la muerte voluntaria legítima: por orden del estado, por enfermedad incurable o por la vivencia de una desgracia extrema.

En la Edad Media, con la llegada del cristianismo al poder, el suicida no solo era un desgraciado y aborrecido por Yahvé, sino que era un delincuente para la sociedad. Esta época es la más cruda para los posibles suicidas, que, además de ser vigorosamente rechazados por la población europea, eran mutilados, azotados y clavados para devolverles las ganas de vivir. Incluso, después de cumplir su cometido, al suicida se le negaba la santa sepultura, con el objetivo de que las personas desistieran de las ideas de muerte. También se trató de disuadir a los suicidas por medio de la filosofía de Tomás de Aquino, que argumenta en su Suma Teológica (1993) que darse muerte es un pecado porque atenta contra el don de la vida dado por Dios, ergo, va en contra de su voluntad divina y, adicionalmente, el suicidio evita que las personas expíen sus pecados en vida. Aquino solamente considera lícita la muerte voluntaria cuando esta fuera autorizada por el Espíritu Santo.

Para el Renacimiento, la iglesia persistía con la férrea condena moral del suicidio, sin embargo la discusión se abría más a nuevos filósofos que criticaron desde el humanismo la posición teológica frente al suicidio. A partir de aquí, los postulados religiosos acerca de la muerte voluntaria fueron progresivamente desplazados para dar cabida a una de las preguntas fundamentales de la filosofía: ¿por qué las personas se matan?

Era necesario hacer este recorrido histórico para ubicar el concepto popular que rodeaba al suicidio en el periodo del Siglo de Oro español, que comprende entre el año 1492, con la publicación de la Gramática Castellana de Nebrija, y 1681, con el fallecimiento de Pedro Calderón de la Barca. Nos referimos entonces a un periodo de tránsito entre la Baja Edad Media y el

Renacimiento, por ende, el suicidio aún se veía como un pecado. No obstante, en obras más cercanas al siglo XVII, el cuestionamiento moral humanista a la iglesia se hacía cada vez más presente, y, por tanto, el suicidio tomaba nuevas perspectivas que lo despenalizaban. Es importante notar que el fenómeno de la muerte voluntaria aún no adquiría el estatus de patología para cuando fueron escritas la mayoría de estas obras, razón por la cual los escritos que se revisan en este ensayo tendrán una connotación del suicidio bien religiosa o humanista, haciendo énfasis en los ejercicios de voluntad de las personas.

-La Celestina: el suicidio de Melibea

¿Qué crueldad sería, padre mío, muriendo él despeñado, que viviese yo penada? Su muerte convida a la mía

de Rojas, *La Celestina* (1499).

En la obra de Fernando de Rojas se puede encontrar una representación ficcional de la muerte voluntaria en el suicidio de Melibea. Esta obra de teatro fue publicada al filo del siglo XV en 1499, mientras que el suicidio tenía aún una fuerte connotación religiosa. Esto le costó su entrada en el *Index Librorum Prohibitorum* por tocar temas amorales que perturbaban el espíritu de los católicos. Era de esperarse la prohibición de este libro, pues la razón que da Melibea para dar fin a su vida elude por completo la idea de la existencia de Dios y se centra en las motivaciones humanas que tiene el suicidio.

Melibea era una doncella resguardada de la impureza del mundo tras las altas tapias de su huerto, y fue educada en la beatitud idealizada del matrimonio, por tanto no conoció el amor joven, ni el ardiente deseo de abrazar a otro cuerpo que le correspondiere con la misma pasión. Sin embargo, con la llegada de

Calisto, la joven siente la necesidad de liberar el amor que ha nacido en su pecho; desea los placeres de la carne y derribar los límites que se le han impuesto desde su niñez. No le es relevante que Calisto sea digno o merecedor de su amor y corporalidad, pues Calisto es la catarsis mediante la cual exorciza su deseo de libertad, que se expresa a través de las noches de lujuria en las cuales se siente, por primera vez, dueña de su destino.

Cuando Calisto muere trágicamente, Melibea experimenta la pérdida no solo del amor, sino también de la esperanza que tenía por vivir llena del goce amoroso con su amado. Ella, en sus últimas palabras, expresa el eterno amor que tenía por la vida, y sus ganas infatigables de disfrutarla, pero dada la fatalidad que vivía, la alegría de vivir le resultaba inaccesible: «cortaron mi esperanza, cortaron mi gloria, cortaron mi compañía» (de Rojas, 2002). Posteriormente, la doncella se precipita al vacío que la espera en silencio. Melibea acaba con su vida porque no quiere ser acogida por el mundo que le quitó su más preciado bien, no quiere que el tiempo embustero sane las heridas, ni quiere conformarse con una felicidad incompleta. La joven buscaba algo absoluto, y cuando le fue arrebatado no encontró más remedio que seguir a su amado entre la oscuridad.

La muerte de Melibea se tipifica en lo que el filósofo francés Albert Camus (1985) llama la pérdida del sentido de la vida. Hay personas que mueren porque consideran que no vale la pena vivir, y otras que, en infinita ironía, mueren por ideas o ilusiones que llenan de sentido su existencia: «Lo que se llama una razón para vivir es, al mismo tiempo, una excelente razón para morir» (1985). De este modo, Melibea prefiere abandonar el mundo, antes de que este la mire desde sus profundas cuencas vacías.

-La obra de Lope de Vega ante la muerte voluntaria

Pero que una mujer cristiana intente
matarse, ¿a quién no causa maravilla?

de Vega, *Los Tellos de Meneces* (1635)

En la obra de Lope de Vega el suicidio es un tema muy poco explorado, puesto que el sacerdocio que ejerció el autor durante buena parte de su vida lo llevó a adoptar una postura sólida e imperativa frente a este fenómeno: el suicidio es uno de los pecados más graves porque atenta contra la vida que ha sido otorgada por Dios, y solo Él tiene derecho a quitarla cuando así lo crea pertinente. Del mismo modo, es un acto de soberbia, pues pretende sustituir la voluntad humana para dejar de sufrir en lugar de esperar la misericordia divina.

Sin embargo, podemos encontrar en la poesía una referencia al mito suicida de Píramo y Tisbe de los griegos y romanos. Se trata del Soneto XVIII, el cual versa sobre la tragedia de los dos amantes babilonios que fueron perdonados por los dioses tras cometer suicidio, y permitieron a las familias incinerar los cuerpos para guardarlos en la misma urna, sellando un lazo inmortal:

Píramo triste, que de Tisbe mira
teñido en sangre el negro manto, helose;
vuelve a mirar, y sin morir muriose,
esfuérase a llorar, tiembla y suspira.
Ya llora con piedad y ya con ira;
al fin para que el alma en paz repose,
sobre la punta de la espada echose
y, sin partir el alma, el cuerpo espira.
Tisbe vuelve y le mira apenas, cuando

arroja el blanco pecho al hierro fuerte,
más que de sangre de piedad desnudo.
Píramo, que su bien mira espirando,
diose prisa a morir, y así la muerte
juntó los pechos, que el amor no pudo».

(de Vega, XVIII, 1605)

Es de notar que solo pudo tocar el tema de la muerte voluntaria consumada cuando ya estaba escrita, pero en *La Arcadia* este no permite que sus personajes se maten. Anfriso, al ser despreciado, anhela la muerte con los siguientes versos: «Muerte, ven, que ya te aguardo/ porque de la vida huyendo, / yo sé el descanso que gano/ y sé el tormento que pierdo...» (Lope de Vega, 1602). No obstante, este personaje, como otros en el teatro y poesía de este autor, no lograron el descanso eterno. Con estos antecedentes, se confirma la aversión moral y religiosa que Lope de Vega tiene al suicidio, pues cuando un personaje contempla la idea de matarse, la trama gira de modo que sus conflictos puedan verse resueltos por otros medios.

-El suicidio en Sor Juana Inés de la Cruz

Teniendo como referencia al autor anterior, íntimamente ligado con el catolicismo, se puede inferir que el suicidio en Sor Juana puede tener una connotación igual de moralista y martirizante. No obstante, la *Décima Musa* demuestra ser mucho más compasiva de lo que sería incluso permitido, como por ejemplo en el reconocido Soneto 153 dedicado a Lucrecia.

Para analizar el tema del suicidio en este soneto conviene conocer a este personaje de la Antigua Roma. Según los registros de Tito Livio (1997), Lucrecia era una mujer de buenas costumbres e increíblemente bella. Estos

atributos llamaron la atención de Sexto Tarquinio, hijo del rey Lucio Tarquinio el Soberbio. Sexto, para calmar su obsesión, pidió posada a Lucrecia mientras su marido estaba ausente. Cuando cayó la noche, este se inmiscuye en el cuarto de Lucrecia a oscuras y la violó, sin que ella se resistiera, pues ella pensaba que era su marido quien había regresado. Cuando amanece, Lucrecia reconoce a Sexto, y antes de que ella pudiera soltar un grito, él la amenaza con asesinarla, e inventar una historia en la cual ella le haya sido infiel a su marido, razón por la cual él habría resuelto matarla en forma de escarmiento. De este modo, Lucrecia calla para salvarse del instante, pero al día siguiente informa a su padre y a su marido de lo sucedido, y les pide represalias en contra de Sexto, cobrarle la injuria que le ha hecho. Acto seguido Lucrecia se clava un puñal en el pecho.

Hemos visto anteriormente que la deshonra era una de las razones válidas para levantar la mano contra sí mismo en la época antigua, y parece que Sor Juana se compadece del infortunio de Lucrecia:

¡Oh, famosa Lucrecia, gentil dama,
de cuyo ensangrentado noble pecho
salió la sangre que extinguió a despecho
del rey injusto la lasciva llama!
¡Oh, con cuánta razón el mundo aclama
tu virtud, pues por premio de tal hecho
aún es para tus sienes cerco estrecho
la amplísima corona de tu fama!
Pero si el modo de tu fin violento
puedes borrar del tiempo y sus anales,
quita la punta del puñal sangriento
con que pusiste fin a tantos males;
que es mengua de tu honrado sentimiento
decir que te ayudaste de puñales.

(de la Cruz, *Oh, famosa Lucrecia, gentil dama...*, 2016).

En la literatura del Siglo de Oro el suicidio se ve como un pecado mortal, el cual aun después de la muerte genera el rechazo de los actos bondadosos que la persona realizase en vida. A pesar de esto, el poema de Sor Juana entabla un diálogo con la fallecida Lucrecia, pues teme que su virtud sea manchada por el suicidio, pero choca con la rigidez de una historia ya contada. También infiere con sutileza en los dos últimos tercetos que se recuerda a esta dama no por su innegable virtud -expuesta en los dos cuartetos-, sino por la pecaminosa muerte voluntaria. De la Cruz intenta convencer a Lucrecia de tomar otro camino, una alternativa para sanar el sufrimiento de la injusticia y la deshonra, pero esta pretensión no deja de ser ficcional; un intento fallido de resarcir la ofensa de Lucrecia.

-La muerte de Grisóstomo y El caballero de la Triste Figura, Un artista del hambre

«Cada periodo de nuestra existencia,
incluso de facto cada momento,
tiene su propia lógica y su propia dignidad».

(Améry, 2005)

Cervantes es el último autor de este deprimente recorrido, y tomaremos como referencia su más grande obra, *Don Quijote de La Mancha*, para rastrear las conductas suicidas representadas en sus personajes. El primero de ellos es el más evidente, el suicidio de Grisóstomo, el cual trataremos de explicar de forma breve. Sin embargo, y pecando de arrogancia, quisiéramos plantear una hipótesis sobre la muerte del personaje principal, Alonso Quijano,

argumentando que su deceso se trató de nada más y nada menos que de un suicidio por inanición.

Comenzando con Grisóstomo, no hay mucha dificultad en intuir de forma natural que él se quita la vida porque el amor de Marcela le resulta inaccesible, que lo enmarcaría en un suicidio parecido al de Melibea en *La Celestina*, tomando en cuenta que esta última sí fue correspondida por su amado. No obstante, nos parece más interesante la propuesta de que hay un elemento que no se está tomando en cuenta a la hora de apreciar la decisión de Grisóstomo, y es la influencia que Erasmo de Róterdam ejerció sobre Cervantes. Esta hipótesis es propuesta por el estudiante de la Universidad de Ryukyu, Masashi Suzuki (2018), y en ella expone que el filósofo neerlandés le heredó a Cervantes su pensamiento humanista, en el sentido en que lo humano debe prevalecer sobre lo divino. En la filosofía erasmista, el matrimonio cobra relevancia cuando se considera la manera más sensata en la que un hombre y una mujer puedan vivir en armonía, concibiendo hijos que fueran tanto para la sociedad como para Dios. Considera, pues, que las prácticas de abstinencia sexual de sacerdotes y monjes es antinatural y reprochable, ya que el matrimonio es un acto para transmitir el bien máximo, la vida, que fue otorgado por Cristo. En la obra de Erasmo *El galán y la dama* se muestra este ideal realizado a través de los personajes Pánfilo y María. Pánfilo dice que María debe corresponder a su amor, pues de no hacerlo ella sería una homicida, debido a que posterior a su rechazo él se suicidará. Ella dice que no tiene un papel activo si tal cosa ocurriese, pero finalmente accede a casarse con Pánfilo (Erasmo, 2001). El caso de Grisóstomo y Marcela presenta otra cara de la moneda, pero subyace un tema en común: el amor no correspondido. En este caso, Grisóstomo ya está muerto cuando Marcela alza la voz, sin embargo esta coincide con la María de Erasmo cuando dice que no tiene la culpa de no corresponder a un amor que no pidió. Además, expone que su devoción hacia Dios le impide casarse con Grisóstomo, pues al único que le debe amor absoluto es a su creador. Ambos personajes

están de acuerdo en su idea del amor no correspondido, pero toman decisiones opuestas para resolver esa situación.

De este modo se intuye que realmente Grisóstomo se suicida por la incapacidad de contraer matrimonio con Marcela, tal como lo hubiese hecho Pánfilo de ser rechazado por María. Por otro lado, Marcela es la antítesis de la idea del matrimonio en Erasmo, ya que ella considera que no hay nada de mayor importancia que su fe y devoción a Dios, negando así seguir esparciendo la vida sobre la tierra. De este modo, no se puede simplificar que el amor no correspondido sea causa suficiente para suicidarse, sino que hay ciertos principios humanistas que respaldan la decisión de Grisóstomo.

El suicidio anterior es uno de lo más emblemáticos de la literatura española y, ¿por qué no?, universal. Sin embargo, en este libro hay algo que no se termina de resolver: la muerte de nuestro amigo Alonso, pues más que morir repentinamente, parece que se deja morir. A partir de una interpretación cruzada entre el cuento *Un artista del hambre* y *Don Quijote de La Mancha*, pretendemos ubicar no solo el lenguaje, sino comportamientos, hábitos alimenticios, pensamientos y rasgos de la personalidad que nos permitan deducir que la historia contada en algún lugar de La Mancha nos cuenta en realidad el proceso de un tortuoso y añejado suicidio.

No es una novedad que el hambre es un tema transversal en toda la obra cervantina, ya que no solo se presenta en este libro, sino también en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Este lugar no parece ser un capricho ficcional del autor, pues se sabe por datos históricos que la España del Imperio no fue la más eficiente alimentando a su pueblo. Del mismo modo, Cervantes pasó intensas hambres en sus tiempos de soldado porque tuvo el infortunio de ser capturado por piratas. En los cinco años de secuestro, desempeñó labores de esclavo, haciendo fácil imaginar que padeció los sufrimientos del hambre, los descensos somáticos y la debilidad. Estas experiencias marcaron su horizonte

literario, puesto que las situaciones límite de la vida son un boleto sin regreso a la locura, la depresión o la invalidez.

En *El Quijote* hay tantas referencias al hambre que nombrarlas una por una nos llevaría horas. Sin embargo, cada una de estas referencias se agrupa en su respectiva acepción semántica, porque al interpretarlas en contexto nos damos cuenta de que los personajes del libro no siempre tienen la misma postura ante el hambre: pueden pasar de ver el hambre como la ausencia de una necesidad humana, a usarla como sátira a los gobernantes de España, hasta puede verse al hambre desde el ejercicio espiritual del ayuno, ese temple de la voluntad.

En la frase, dicha por Sancho, «Y denme de comer, o si no, tómense su gobierno; que oficio que no da de comer a su dueño no vale dos habas» (de Cervantes, 2004), se ejecuta un sólido ataque a los reinos, o, si se quiere, imperios, que llevan a su pueblo al hambre, ya sea por mala administración de sus riquezas o por ineptitud. Es uno de los muchos flancos desde los que Cervantes formula su crítica a la sociedad, a lo que fue en su momento y a lo que se convirtió. Y no solo con el hambre, sino con todo lo relacionado con la condición humana.

En el siguiente fragmento, Don Quijote nos muestra un poco de la ética del caballero andante: «Hágote saber Sancho, que es moda de caballeros andantes no comer en un mes». Aquí no solo se introduce al lector a las convicciones históricas de los caballeros andantes, sino que le muestra a Sancho lo que puede llegar a ser una práctica espiritual para poner a prueba la voluntad. *El Quijote* no siempre pasa hambre porque quiere, sino porque también es su elección forjar el carácter por medio del ayuno. Él también suele hablar de sabrosas memorias arguyendo que los caballeros andantes se pasaban la mayor parte de los días (en flores), pasando (sed y hambre), y es ese recuerdo el que debe aquí ser más fuerte que el hambre, porque el hambre se padece, al igual que la esclavitud, y ese recuerdo sabroso puede sacarnos del presente hostil.

Podemos también aventurarnos a decir que el hambre es una metáfora de la búsqueda infatigable por la libertad; y que, en las conjeturas más remotas, esas connotaciones sobre las sabrosas memorias sean una metáfora sobre mantenernos fieles a nuestros principios, a nuestros ideales, a las creencias a pesar de nuestra condición de esclavos, y que esa imagen mental de la libertad debe ser más tangible y más vigorosa que nuestro presente mísero y febril, aunque esto puede ser solo exceso.

Las tres posibles interpretaciones del hambre hacen apariciones durante todo el libro, sin embargo, para esta ocasión nos centraremos solo en interpretar aquellas en donde, por elección, Alonso Quijano prefiere no comer. Podemos hacer un evidente perfil de nuestro caballero andante en cuanto a su psicología a la hora de comer: es sencillo y le importa poco la cantidad o la calidad de los alimentos que ingiere. A veces esta práctica le sirve para instruir a Sancho en el deber del caballero andante, y le enseña que se come lo mismo con una cuchara de oro que con una cuchara de madera, también que lo servido en la mesa es y debe ser suficiente para apaciguar el hambre. Don Quijote comía poco, lo suficiente para poder montar a Rocinante, lo cual es un comportamiento propio de los ayunadores.

Ayunar es no comer, viene del latín (*ieiunum*) que traduce “vacío”. Se llama ayuno al acto de abstenerse de ingerir alimentos de forma parcial o total por un periodo de tiempo. Puede darse por distintos motivos, ya sea por ideas filosóficas, religiosas, un modo de protesta, aunque son más comunes las dos últimas; pero incluso hay un tipo de ayuno en India más extraño, que se llama Salekana y es un método jainista de muerte voluntaria por ayuno. Se da en la vejez, o cuando se ha alcanzado un alto grado de realización mediante *gunastanas* -niveles de virtud-. Normalmente es establecido y dirigido por una orden, ya sea la de un jefe de familia o de un ascético consumado. En el griego también hay un término que corresponde a morir de hambre -*apokarteréo*-, que puede traducirse como dejar de resistir o dejarse morir de hambre.

En la literatura seguramente podemos encontrar muchos representantes dignos de este tipo de suicidio, pero a conveniencia de la obra en contraste, consideramos que el ayunador de Kafka en *Un artista del hambre* es ideal para este análisis. Nos cuenta la historia de un hungerkünstler, que era una atracción humana de circo en la Europa del siglo XX. Estos se caracterizaban por ser esqueletos vivientes y por durar alrededor de 40 días sin ingerir alimentos. En este cuento, el ayunador quiere durar más de 40 días sin comer; desea un ayuno que vaya más allá de los límites de la vida. Este sentimiento también es encontrado en Alonso Quijano, pues tiene los hábitos alimenticios de una persona deprimida:

Pero estas pertenecían ya a las sospechas inherentes a la profesión del ayunador. Nadie estaba en situación de poder pasar, ininterrumpidamente, días y noches como vigilante junto al ayunador; nadie, por tanto, podía saber por experiencia propia si realmente había ayunado sin interrupción y sin falta; sólo el ayunador podía saberlo, ya que él era, al mismo tiempo, un espectador de su hambre completamente satisfecho. Aunque, por otro motivo, tampoco lo estaba nunca. Acaso no era el ayuno la causa de su enflaquecimiento, tan atroz que muchos, con gran pena suya, tenían que abstenerse de frecuentar las exhibiciones por no poder sufrir su vista; tal vez su esquelética delgadez procedía de su descontento consigo mismo.

Kafka, *Un artista del hambre* (2017)

En este fragmento podemos encontrar claras similitudes entre el ayunador y el Caballero de la Triste Figura, pues Quijano también es capaz de pasar largos periodos sin probar bocado, aunque los lectores no podamos darnos cuenta de tal hazaña. Podemos también pensar que la delgadez de ambos

personajes es motivada por algo en común: el descontento consigo mismos y con el mundo que los rodea. Un descontento que finalmente los apuñala:

—Las misericordias —respondió don Quijote—, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, a quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas, de la ignorancia que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecocos, y no me pesa, sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, a punto de muerte: querría hacerla de tal modo, que diese a entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que, puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, a mis buenos amigos, al cura, al bachiller Sansón Carrasco y a maese Nicolás el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento»

de Cervantes, *Don Quijote de La Mancha* (2004)

La muerte de nuestro amigo estuvo rodeada de sed y hambre, y nos deja un flaquísimo cadáver junto a sus seres más queridos, quienes pensaban que podía salir bien librado de esta enfermedad, pero no tomaron en cuenta que esta enfermedad no tiene cura. Nuestro amigo pasó de hidalgo a caballero, y de caballero a Alonso Quijano. Sorteó obstáculos y dificultades que ninguno de los lectores de este escrito podría haber evitado, y, aun así, no pudo dejar de ser humano como nosotros. No dejó nunca de pertenecer a la muerte. Fueron esos seis días en cama los que terminaron de derrotar al gran Quijote, y quizás la tristeza de verse fracasar, de no haberse casado con Dulcinea, de reconocerse

como Alonso y no como caballero. Las condiciones de su muerte guardan similitudes con la muerte del ayunador de Kafka:

Volvieron a pasar muchos días, pero llegó uno en que también aquello tuvo su fin. Cierta vez, un inspector se fijó en la jaula y preguntó a los criados por qué dejaban sin aprovechar aquella jaula tan utilizable que sólo contenía un podrido montón de paja. Todos lo ignoraban, hasta que, por fin, uno, al ver la tablilla del número de días, se acordó del ayunador. Removieron con horcas la paja, y en medio de ella hallaron al ayunador

Kafka, *Un artista del hambre* (2017)

Nuestro héroe encontró un final kafkiano, o el ayunador encontró una muerte cervantina. A esta altura la línea que los divide se ha difuminado. Ambos delgados, casi imperceptibles, cadavéricos, hechos un absurdo bosquejo del cuerpo de un hombre. Fueron una llama que se apaga, un viento que ya no sopla, unos ojos que ya no dicen nada.

II. A manera de conclusión: un suicidio dorado

A manera de conclusión, podemos decir que el suicidio durante el Siglo de Oro español pasa por la dicotomía entre el humanismo y la religiosidad. Dentro de las perspectivas humanistas podemos encontrar el suicidio de Melibea, que se da al morir su amado, que simbolizaba sus deseos de libertad; el de Grisóstomo, que se mata después de no poder casarse con Marcela; y el aún dudoso suicidio de Alonso Quijano. En la perspectiva religiosa encontramos a Lope de Vega, que no permite que los personajes se maten en sus obras

teatrales, tratando de dar lecciones de moral cristiana; y Sor Juana Inés de la Cruz, quien a pesar de sus convicciones no es dura y distante con los suicidas. Son importantes este tipo de reflexiones, ya que la cultura -y sus productos, como la literatura- es un espejo de la realidad que viven sus artistas. Que el suicidio sea tan poco mencionado y sea un tema tratado con pinzas en la literatura del Siglo de Oro nos da una idea del tabú generalizado que se observaba en la época con respecto a la cuestión de si la vida vale o no la pena.

Referencias

- Améry, Jean. (2005). *Levantar la mano contra uno mismo: Discurso sobre la muerte voluntaria* (2da ed.). Pre-textos. Recuperado de:
<https://doi.org/https://suicidioprevencion.cienciassociales.edu.uy/wp-content/uploads/2015/09/Amery-Jean-Levantar-La-Mano-Sobre-Uno-Mismo-1976.pdf>.
- Aquino, Tomás. *Suma de Teología*. Dominicanos, Biblioteca de Autores Cristianos. (1993).
www.dominicos.org/media/uploads/recursos/libros/suma/2.pdf.
- Camus, Albert. (1985). *El Mito de Sísifo*. Alianza Editorial.
- Camus, Albert. (2019). *El primer hombre*. TusQuets.
- de Cervantes Saavedra, Miguel. (2004). *Don Quijote de La Mancha* (ed. IV Centenario). RAE y ASALE
- de la Cruz, Sor Juana Inés. (2016). *Oh, famosa Lucrecia, gentil dama*. Ciudad Seva. Recuperado de:
<https://ciudadseva.com/texto/oh-famosa-lucrecia-gentil-dama/>
- Jiménez Treviño, Luis. *Breve aproximación a las conductas autolíticas*. ReNEPCA (Red Nacional para el Estudio y Prevención de Conductas Autolíticas). 2003.

Kafka, Franz (2017). *Un artista del hambre*. Recuperado de:

<https://doi.org/https://elejandria.com/libro/un-artista-del-hambre/kafka-franz/59>

Livio, Tito (1997). *Historia de Roma desde su fundación*. Volumen I: Libros I-III. Madrid: Gredos.

Platón. *Diálogos*. Núm. 13A: Apología de Sócrates, Crítón, Eutifrón, Laques, Lysis, Carmides, Ion, Protágoras, Gorgias, Menón, Hipias Mayor, Cratilo, Teetetes, Banquete, Fedón. México D. F: Porrúa. 2003.

de Rojas, Fernando. (2002). *La Celestina* (F. Sáenz, Ed.). Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

<https://www.cervantesvirtual.com/obra/la-celestina--3/>

de Róterdam, Erasmo. (2001). *Coloquios*, ed. y trad. de Pedro R. Santireián. Madrid: Espasa-Calpe.

Suzuki, Masashi. (2018). *¿Por qué se suicidó Grisóstomo? La influencia del pensamiento humanista de Erasmo en "el episodio del funeral de Grisóstomo" del cap. XI al cap. XIV de la primera parte del Quijote*. Universidad de Ryukyu. XDOC.MX.

<https://xdoc.mx/documents/por-que-se-suicido-grisostomo-5fd450ae8f04e#>.

de Vega, Lope. (1635). *Los Tellos de Meneses*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

<https://www.cervantesvirtual.com/obra/los-tellos-de-meneses--0/>

de Vega, Lope. (2002). *Rimas*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/rimas--1/html/ffe59c04-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html#I_18_

de Vega, Lope. (2012). *La Arcadia*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

<https://www.cervantesvirtual.com/obra/la-arcadia/>